

Nostalgias y autenticidades: la producción de imágenes del espacio público urbano

(Nostalgias and authenticities: the production of
images of public urban space)

Martínez Lorea, Ion

Univ. Complutense de Madrid. Fac. de CC. Políticas y Sociología.

Dpto. de Sociología V. Campus de Somosaguas.

28223 Pozuelo de Alarcón

ionmlorea@hotmail.com

Recep.: 16.11.2007

Acep.: 17.03.2009

BIBLID [1137-439X (2009), 31; 233-256]

Este trabajo pretende analizar los efectos que tiene sobre las prácticas cotidianas del espacio público urbano el proceso de transformación y consolidación de la gran ciudad como nodo estratégico de la globalización. En el mismo cobran especial relevancia la idea de autenticidad y la conformación de una mirada nostálgica sobre el pasado urbano.

Palabras Clave: Sociología. Ciudad. Espacio público. Imagen.

Idazlan honek eguneroko praktikengan hiritar espazio publikoak, eta globalizazioaren gune estrategiko bezala hiri handiaren eraldatze eta kontsolidazio prozesuak duen eragina aztertu nahi du. Horretan garrantzia handia dute autentikotasunaren ideiak eta iraganeko hiriekiko begirada nostalgikoak.

Giltza-Hitzak: Soziologia. Hiria. Espazio publikoa. Irudia.

Ce travail tente d'analyser les effets de l'espace public urbain sur les pratiques quotidiennes et le processus de transformation et de consolidation de la grande ville comme noeud stratégique de la globalisation. En mettant en relief l'idée d'authenticité et la creation d'un regard nostalgique sur le passé urbain.

Mots Clé : Sociologie. Ville. Espace public. Image.

1. IDAS Y VENIDAS DEL TERRITORIO

La llegada del año 1973 suele ser considerada como el punto de inflexión para un conjunto de profundas transformaciones en la vida social, política, económica y cultural que también tendrán su reflejo en la ciudad. La época dorada del capitalismo fordista encontró en ese año la escenificación de una crisis que parecía hacerse irreversible. Hobsbawm llega a afirmar que “la historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió el rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis” (2001: 403). La denominada crisis del petróleo, derivada del aumento de los precios que aplicó la OPEP y de la decisión árabe de suspender las exportaciones a Occidente durante la Guerra árabe-israelí, contribuyó a profundizar la aguda recesión que ya venían sufriendo las economías del capitalismo avanzado materializada en la denominada ‘estancación’, es decir, en la combinación de un estancamiento en la producción de bienes y un rápido aumento de los precios. Ante ello las grandes empresas debieron dar un giro a sus estrategias.

El cambio tecnológico, la automatización, la búsqueda de nuevas líneas de producto y de nichos de mercado, la dispersión geográfica hacia zonas con controles laborales más cómodos, fusiones y medidas destinadas a acelerar el giro del capital, aparecieron en el primer plano de las estrategias corporativas para la supervivencia en las condiciones generales de deflación (Harvey, 1998: 170).

Las ciudades comenzaban a dejar de ser esos insaciables nichos de empleo (Davis, 2004) y el crecimiento de los gastos sociales, que se producía a mayor velocidad que los ingresos estatales, hacían que las haciendas públicas se vieran en situaciones muy comprometidas. Como ejemplo de las dimensiones del problema encontramos que en 1975 se produjo la bancarrota técnica en la ciudad de Nueva York, que contaba con uno de los mayores presupuestos del mundo (Harvey, 1998). Tales circunstancias obligaron a repensar los modos de gestión y organización de las ciudades con el fin de aliviar las difíciles condiciones en las cuales se encontraban y garantizar un mejor futuro para sus poblaciones.

Según algunas propuestas (Jameson, 1996; Choay, 2004), parecía hacerse propicio hablar en términos de una pérdida de relevancia, de peso de las ciudades y de sus territorios. Impulsada por los procesos de deslocalización de los mercados de trabajo, por la imponente metáfora de un ciberespacio desmaterializado, desterritorializado (Sassen, 2003), una suerte de *etopía* (Mitchell, 2001) o por el auge en la velocidad de una movilidad creciente y cada vez más individualizada, sustentada en buena medida, en lo que a la ciudad se refiere, en el uso del vehículo privado (Urry, 1999), las *nuevas espacialidades urbanas* se presentan como una realidad de la cual la unidad de la *planificación*, la *forma* y la *función* impulsadas por el proyecto moderno acaban disolviéndose (Anderson, 2000). De este modo, encontramos también enclaves residenciales de nueva creación, cómo los centros degradados y progresivamente vaciados en los últimos años del fordismo se ‘recuperan’ y repueblan o las coaliciones entre diferentes ejes urbanos cuestionando la clásica jerarquía

dicotómica *centro-periferia* y dando paso a las denominadas *regiones metropolitanas*¹ con una base policéntrica (Barañano, 2002).

El tejido urbano pasa a convertirse en un espacio fragmentado², un *collage* de usos cotidianos *diseñados* (y ya no *proyectados*) atendiendo a los deseos, a las necesidades o requerimientos particulares, que dan como resultado un eclecticismo de estilos y que nos acercan al pastiche, a la ficción elevada sobre la función (Jameson, 1996). La ciudad emerge como archipiélago de islas en mitad de un mar poco apacible. Son islas a las cuales no se debe acudir a buscar refugio, a sentirse seguro, no son *lugares* para protegerse sino más bien enclaves que expulsan, que exigen y que obligan a permanecer en movimiento, en tránsito, y que paradójicamente se nos hacen cada vez más ‘familiares’. Espacios permanentemente ‘habitados’, empero por aquellos en condición de ‘exiliados’ también permanentes, sin posibilidad de echar raíces. Son estos, *no-lugares* (Augé, 2004) integrados en un *espacio de flujos* (Castells, 2005). Nos topamos así con un conjunto urbano inabarcable, inasible, con

[...] un inquietante punto de ruptura entre el cuerpo y el entorno edificado –que respecto al desconcierto inicial del viejo modernismo es lo que la velocidad de las naves espaciales a la del automóvil– [con] la incapacidad de nuestras mentes, al menos hoy por hoy, de cartografiar (Jameson, 1996: 62) [...]

tanto la propia posición como la ‘totalidad urbana’.

Además, nos encontramos con el cuestionamiento parcial y la transformación del papel de instituciones centrales clásicas como el Estado-nación que, por ejemplo, pierden capacidad regulativa respecto al control de los flujos de dinero, o la reorganización de entidades locales en regiones plurimunicipales, mancomunidades, euroregiones transfronterizas que contribuyen a amplificar aún más el desconcierto señalado.

Junto a esta cierta pérdida de orientación e incapacidad para obtener una visión acabada del espacio urbano y de las redes globales, y concretar la posición de uno mismo en un aquí y un ahora concretos (Lash y Urry, 1998), la *sensación de crisis* se amplifica con los descontentos (escenificados, materializados en la propia ciudad por trabajadores, estudiantes, mujeres, inmigrantes, etc.) que confirman la caída de la utopía desarrollista y de la ciudad moderna como plasmación de la misma.

Sin embargo, el auge y supuesto predominio de un espacio desmaterializado, de una ciudad diluida en un nuevo escenario de flujos globales, parece no

1. Las regiones metropolitanas se caracterizarán por la superación de los límites y la lógica de la ciudad central y su periferia, ampliándose a un conglomerado de ciudades interconectadas con unos márgenes en casos difíciles de establecer. En Europa encontramos el caso de macroregiones como la *Banana blue* que parte de Manchester y llega a la Llanura Padana en Italia o el *Sunbelt* que recorre el Levante español hasta casi llegar al Lazio italiano (Leotta, 2000).

2. En cualquier caso, desde esta perspectiva, el ascenso de la fragmentación no significaría que estemos asistiendo a la constitución de una realidad menos conectada.

haber hecho a la postre sino dar una nueva vigencia, un renovado vigor a los enclaves territoriales urbanos. La necesaria existencia de nodos de conexión, de puntos de (re)anclaje dentro de la relación reticular que organiza la vida financiera, comercial, cultural, social, política, científica, etc. sitúan a las ciudades en una posición estratégica tanto territorial cuanto institucionalmente. Después de la comprometida situación en la que se encontraron a la salida del fordismo, las ciudades han requerido de una adaptación, de un giro en sus modos de gestión para poder convertirse en plataformas competitivas para la atracción, fundamentalmente, de flujos de producción, financiación y consumo. Como recuerda García Canclini:

Quando [...] los economistas y urbanistas advirtieron que la industrialización ya no era el agente económico más dinámico en el desarrollo de las ciudades, se empezaron a considerar otros impulsos para el desarrollo, que son básicamente informacionales y financieros. Se volvió necesario, entonces, reconceptualizar las funciones de las grandes ciudades (1997: 85)³.

Estas ciudades establecen necesarias relaciones de interdependencia y complementariedad con otros núcleos urbanos, conformando una red de flujos de mercancías, personas, capitales e información basada en relaciones jerárquicas. No obstante, también se generan a un tiempo asociaciones horizontales y oblicuas (que no dejan de ser selectivas) entre ciudades que, si no cuestionan, al menos condicionan el reductivismo homologante de los niveles superiores de la jerarquía reticular (Dematteis, 1999) como puede ocurrir en la conformación de coaliciones de ciudades medias como contrapeso (parcial) frente las grandes ciudades del entorno.

En cualquier caso, la integración en un determinado nivel o punto de la jerarquía de la red jamás asegura el mantenimiento o la confirmación de una estabilidad más o menos duradera. Insertas en las cambiantes y frágiles relaciones reticulares interurbanas, las ciudades se encuentran en condiciones de gran vulnerabilidad. Al fin y al cabo, siguiendo a Deleuze y Guattari (1998), el capitalismo requiere de la movilidad, de la territorialización y reterritorialización como procesos continuados, de la búsqueda de nuevos mercados, de nuevas sedes estratégicas. Castells (2005) se ha referido, en este sentido, a la *montaña rusa urbana* para ilustrar la debilidad y dependencia de cualquier ciudad, por poderosa que sea, respecto de los cambiantes flujos globales. Determinados elementos de las actividades superiores (véase la producción electrónica con mano de obra semicualificada, los servicios de atención al cliente de las empresas de telecomunicaciones) llegado un momento se desplazan a niveles inferiores de la jerarquía urbana. Esta jerarquía se constituye necesariamente como inestable y en muchos casos “sujeta a una competición feroz en sectores tan volátiles como

3. Sin embargo, no sólo las grandes ciudades, aquellas que marcan la senda dorada de la nueva economía, sino el conjunto de espacios urbanos existentes se encuentran de uno u otro modo inmersos en el entramado reticular interurbano: “El fenómeno de la ciudad global no puede reducirse a unos cuantos núcleos urbanos del nivel superior de la jerarquía. Es un proceso que implica a los servicios avanzados, los centros de producción y los mercados de la red global, con diferente intensidad y a una escala distinta según la importancia relativa de las actividades ubicadas en cada zona frente a la red global” (Castells, 2005: 458).

las finanzas o las inversiones inmobiliarias” (Borja y Castells, 2004: 39). Por ello, las ciudades deben intentar establecer relaciones, lo más firmes posibles, de cooperación con otras ciudades pero, inevitablemente, establecerán relaciones de competencia tanto con aquellas que se encuentren en un mismo nivel jerárquico como con las situadas en niveles distintos (Hall, 2004).

Este panorama de creciente competencia interurbana exige también una respuesta diferente por parte de los gobiernos locales. El enfoque *gestor y regulador* que había caracterizado el quehacer de los ayuntamientos hasta finales de los años sesenta del siglo XX, iba a dar lugar a partir de las décadas de los setenta y ochenta a un modo de proceder que podemos calificar como *empresarialista* (Harvey, 2007). Dentro del mismo, las alianzas público-privadas estimuladas por el nuevo papel *promotor* de los ayuntamientos (en su búsqueda por movilizar a todos los agentes posibles para crear las condiciones adecuadas para la atracción de “inversiones, visitantes y usuarios solventes a la ciudad” (Borja y Castells, 2004: 153) no siendo sólo, de este modo, la administración pública la que cargue con el peso de las inversiones y de la dinamización de la ciudad), se presentan como uno de los principales mecanismos para resolver los problemas que las instituciones públicas en la época dorada del Estado social no sólo no habían logrado solucionar sino que habrían contribuido a agravar (Alonso, 2000).

2. LA ACUMULACIÓN DE SIGNOS DISTINTIVOS

La pugna abierta entre las ciudades por la atracción, como ya se ha señalado antes, de los flujos deseados de inversión, financiación y consumo exige que cada una de ellas busque la diferenciación respecto de las demás. De aquí que encontremos un énfasis en la especialización de los territorios, en la construcción de la ciudad como un enclave único y original que ofrece ventajas comparativas que las otras ciudades no pueden llegar a ofrecer. La importancia que adquieren las cualidades de las ciudades ha aumentado sobremanera con la reducción de los costes en los desplazamientos y transportes así como en el suavizamiento de las barreras espaciales (Harvey, 1998, 2003, 2007). La capacidad de inversores o de turistas para elegir su ubicación, su destino y para modificarlo velozmente intensifica la pugna por diferenciarse mediante particularidades que logren atraer a los ‘clientes deseados’. Cada vez es más frecuente, por ello, la búsqueda de un *sentido de autenticidad* asociado a las características ambientales e históricas del lugar: eventos puntuales, el patrimonio artístico, productos ‘únicos’, todos ellos apoyados fuertemente en discursos y referencias a la *singularidad*, a la *originalidad*, a la *verdad* de lo narrado (Fernández y Paz, 2005).

La ciudad va atesorando marcas de distinción. Sin embargo, antes de nada, debemos recordar que la *autenticidad* que ‘emana’ de las ciudades no debe serlo tanto como para quedar fuera del cálculo monetario, es decir, deberán ser elementos comercializables. Si estos signos distintivos no existen, pueden o mejor deben inventarse, sin obviar que la construcción de discursos acerca de la

autenticidad de aquellos elementos ‘históricos’ no quedan al margen de esa invención (Borja y Castells, 2004). Encontramos, de este modo, toda una suerte de festivales de cine, finales de eventos deportivos o equipamientos y eventos culturales que funcionan como palancas de una transformación en profundidad (espacial, social y económica) de la ciudad, o especialmente de alguna de sus partes. De forma parecida actúan las construcciones novedosas, habitualmente en forma de equipamientos culturales, con la firma de arquitectos de fama internacional que se instalan en zonas que pretenden ser renovadas, regeneradas (véase el museo Guggenheim en Bilbao). Pero, no sólo eso, también contamos con la oferta de la herencia arquitectónica (la figura de Gaudí ejemplifica el legado modernista de Barcelona) y de los recursos ‘naturales’ (Granada sale al encuentro de Sierra Nevada y Barcelona busca su apertura al mar Mediterráneo)⁴.

Sin embargo, la apuesta por esta *política de autenticidad* como elemento clave para el reforzamiento de la posición de la ciudad acarrea algunos inconvenientes que debemos destacar (Harvey, 2007):

1) La ventaja que una ciudad obtiene a través de la promoción de los elementos comercializables acaban por devaluarse, entre otros motivos, porque suelen ser rápidamente replicados en otras ciudades y, por tanto, dejan de ser únicos. Es decir, cualquier innovación por espectacular que sea no deja de resultar efímera.

Paradójicamente, las cualidades de la ciudad, ‘mejoradas’ por los agentes locales, conllevan, en este caso, que los flujos de inversiones se hagan aún más móviles ya que con muchas de las infraestructuras materiales ya avanzadas, esos flujos adquieren un menor compromiso con el lugar entre otras cosas porque aminoran las cargas que suponen los bienes raíces. Con ello, las cualidades específicas deben ser ‘mejoradas’ todavía en mayor medida por el aumento de la presión competitiva de otras ciudades que puedan ofrecer condiciones más apetecibles.

2) Por otra parte, todos estos signos se diseñan, como ya habíamos apuntado antes, desde una concepción fragmentada de la ciudad. La ciudad se transforma progresivamente de forma espasmódica, anárquica y caprichosa; en ocasiones estos elementos distintivos, por ejemplo, la nueva arquitectura, se imponen como construcciones autistas que antes que integrarse en su entorno pasan a formar parte de un entramado global de edificaciones de moda, asociadas en muchos casos a importantes complejos empresariales y hoteleros.

3) Las alianzas público-privadas que buscan la creación de condiciones atractivas del enclave urbano optan en muchos casos, desde la lógica *empresarialista* que las mueve, por actuaciones de tipo especulativo, por apuestas que si tienen éxito pueden resultar, rápidamente, muy beneficiosas para la ciudad. El

4. A partir de ahora la ciudad de Barcelona, uno de los referentes cercanos más importantes de los procesos que pretendemos estudiar, aparecerá en diversas ocasiones como ilustración al análisis desarrollado.

problema es ese, el desconocimiento de antemano sobre si dichas apuestas serán un éxito o un fracaso. Además, no es infrecuente que el alto riesgo que corren estas inversiones (muchas de ellas urbanísticas, con la creación de apartamentos lujosos, grandes centros comerciales o parques recreativos) sea absorbido por el sector público con el perjuicio consiguiente para los presupuestos y, claro es, las poblaciones locales.

4) Ante el éxito que cosecha una ciudad, presentado como un 'triumfo de la ciudad y para la ciudad', esto es, una ganancia para todos los habitantes y usuarios de la misma, debe recordarse que "los principales beneficiados [serán] aquellos miembros más potentes y activos, hecho que puede llevar a una distorsión de las relaciones internas" (Borja y Castells, 2004: 323). Dicho de otro modo, cuando 'la ciudad gana' no todo el mundo gana, ni todos los que ganan lo hace del mismo modo. El éxito asociado, por ejemplo, al ámbito del turismo se materializa en el crecimiento de un sector servicios que, sin embargo, se caracteriza fundamentalmente por tener empleos mal pagados, poco cualificados, así como una "fuerte precariedad y estacionalidad, pocos derechos e índices de organización y sindicación prácticamente inexistentes" (Del Olmo, 2004: 72). En definitiva, los beneficios no alcanzarán de igual modo a todos los sectores de la sociedad.

5) El consenso que exige la búsqueda de un equilibrio interno para que la ciudad pueda 'avanzar' supone en casos el acallamiento de voces críticas que aparecen como *boicoteadoras* del éxito anunciado y esperado. El optimismo del 'podemos hacerlo' da paso a la exigencia del 'debemos hacerlo'. También se hace difícil gestionar los discursos que señalan las particularidades del territorio. De este modo, la definición, recurriendo a Bourdieu, de ese 'capital simbólico colectivo' deviene necesariamente conflictiva. Dicho capital,

[...] representa algunas experiencias comunes, pero también expresa las disputas simbólicas entre las clases, los grupos y las etnias que componen la ciudad. ¿Quiénes cuentan la ciudad en las crónicas, en las películas, en las canciones y en las exposiciones, quiénes tienen los recursos para difundir estas representaciones de lo urbano a través de libros y revistas, conciertos y discos, museos, radio y televisión? La estructura y la propiedad de los medios de producción y comunicación cultural deben ser analizados como parte de los dispositivos por medio de los cuales se conforman los patrimonios compartidos y también las divisiones entre los patrimonios de unos y otros sectores en la ciudad (García Canclini, 1997: 95).

Así se pone de manifiesto, por ejemplo, con las protestas derivadas de la ausencia de referencias al fusilamiento de republicanos durante el franquismo en la construcción en el Camp de la Bòta del complejo del Forum de las Culturas de Barcelona.

Apoyándonos ahora en este último punto, debemos señalar que aún siendo problemática, es innegable la trascendencia que adquiere la promoción y proyección de la ciudad hacia el exterior. Nos encontramos así con un especial énfasis en la *imagen* de la ciudad que acaba traduciéndose en un ascenso de la ciudad como *imagen*. Por ejemplo, "la venta de la imagen de ciudad segura y/o

atractiva” (Borja y Castells, 2004: 192) a través de referencias a la calidad de vida, al equilibrio social, a los proyectos culturales “condicionan o influyen considerablemente en las decisiones de los agentes económicos” (Borja y Castells, 2004: 193) respecto a la ciudad.

Sabido que las gentes necesitan aferrarse a los arquetipos para definir lo que sólo conocen de manera superficial [...] en ese proceso de intensidad competitiva creciente, la imagen-marca [ejerce] un papel, a menudo, determinante en la venta de sus productos y hasta en las alianzas y participaciones empresariales. A igualdad de precios y características, ¿adquiriría usted una herramienta fabricada en un país considerado atrasado u otra que porta la etiqueta made in Germany? ¿Preferiría un perfume español a un perfume francés? ¿Elegiría unos zapatos españoles frente a otros avalados por el prestigio del diseño italiano?⁵

El atractivo cultural, ambiental, estético o social se convierte en un elemento que puede hacer declinar la balanza de un lado u otro, el de una ciudad (la nuestra) o el de otra (una competidora). La ciudad contemporánea se convierte, de este modo, en un condensador de imágenes (De Certeau, 1999) seductoras, atractivas, estimulantes.

3. IMÁGENES DEL ESPACIO PÚBLICO

Retomando los trabajos de Lefebvre (ver especialmente *La production de l'espace* de 1974), autores como Soja (2000) o Harvey (1998) han planteado la importancia de la ‘imaginación espacial’, la cual va más allá de las meras prácticas materiales (*lo experimentado*) y de las representaciones del espacio (*lo percibido*). A ambas esferas se deben incorporar los espacios de representación (*lo imaginado*: proyectos utópicos, paisajes imaginarios, ontologías y espacios de ciencia ficción, mitologías del espacio y el lugar, espacios del deseo).

Los espacios de representación no sólo tienen la capacidad de afectar la representación del espacio, sino también la de actuar como una fuerza de producción material con respecto a las prácticas espaciales (Harvey, 1998: 245).

Todo ello tendrá sus efectos perceptibles en el diálogo que la ciudad establece con su entorno, con el exterior, donde los discursos institucionales se hacen preponderantes en la *producción de imágenes de la ciudad deseada*.

Tal como recuerda Michel de Certeau, en la ciudad circulan por doquier los discursos de unos imaginarios que hablan del bienestar. Un bienestar que alcanzar. Imaginarios que, sin embargo, revelan una felicidad (prosperidad y éxito) por venir (y que esperar), más que una felicidad, a lograr (y que buscar). Venid y “soñad, nosotros haremos el resto”, dice la publicidad. [...] La inacción parece ser el premio de la imagen” (1999: 36). Imagen caracterizada principalmente

5. Esta cita es un extracto del reportaje firmado por José Luís Barbería aparecido en el diario *El País* sobre la denominada ‘marca España’ y su proyección internacional, los días 19, 20 y 21 de junio de 2006 y que comenzó con el artículo titulado “El valor de la ‘marca’ España”.

por una falta de profundidad. La imagen es superficie y superficialidad, enmascaramiento que impide saber qué hay, qué contiene esa 'piel lustrosa' (Jame-son, 1996), que secreto se esconde tras ella, siendo ese precisamente el secreto, y es que no hay secreto, no hay nada detrás, la imagen (superficial) condensa toda la profundidad de *la ciudad*, la ciudad deseada, la ciudad mostrada y ofrecida al mundo. Precisamente, el ensalzamiento de la *imagen* en la promoción internacional de la ciudad ha hecho enfatizar las operaciones de maquillaje y cirugía estéticas sobre las superficies urbanas, el embellecimiento de fachadas, de parques y plazas, la *recuperación* de los edificios históricos en un claro ejercicio de fetichización de la historia y la cultura (una historia y una cultura determinadas), claro es, en lugares estratégicamente seleccionados (Delgado, 2005a). Y es que ésta es otra de las características del ascenso de la ciudad como imagen: la selección de espacios y ejemplos adecuados, deseables, a los que acaba siendo reducida la imagen completa de la ciudad. La ciudad deviene, de esta forma, en una realidad social no conflictiva, bajo el signo del consenso ciudadano, la integración y la multiculturalidad.

El centro histórico, supuestamente descentrado, deviene, nuevamente, elemento central de la ciudad y de sus transformaciones, de la permanente reinven- ción de la ciudad como enclave único, a fin de no perder las 'variaciones locales'. El centro, en la mayor parte de las imágenes exteriores, acaba por convertirse en *la ciudad*, ciudad central, plagada de todos aquellos signos arquitec- tónicos que sobresalen en el horizonte bajo la firma de los grandes arquitectos contemporáneos, tal como sucede en Barcelona y en su entorno: Torre Agbar (Jean Nouvel y B720), Torre Mapfre (Ortiz y León), World Trade Center (I. M. Pei), la ampliación de la *Fira de Barcelona* y dos torres de oficinas adyacentes (Toyo Ito), Hotel Hesperia (Richard Rogers), Hotel Vela (Ricardo Bofill)⁶. El centro se transforma en una *imagen-síntesis* de la ciudad (Carman, 2006). Las *imágenes-síntesis*, habitualmente escenas agradables, reconfortantes o si cabe nostálgi- cas y en casos también perturbadoras, pero casi siempre recibidas con la tran- quilidad de la distancia, del distanciamiento (espacial y/o temporal)⁷, acaban por ser *la ciudad*. Nos topamos así con Ciutat Vella, "un laberinto de calles, plazas y mercados con regusto a rabal (*sic.*)", y dentro de ésta el Barrio Gótico, "calles medievales en torno a la catedral y a la Plaza de Sant Jaume". La Rambla nos ofrece "todos los colores, los olores y los sabores de la ciudad en un bulevar con vida propia", Montjuïc, "las mejores vistas de la ciudad desde la montaña olím-

6. Hay quien ha planteado el auge de estos grandes edificios (que en su mayoría no descien- den de los 100 metros de altura), especialmente en la zona central de la ciudad lindante con el lito- ral, como una brusca inversión de la propuesta previa de apertura de la ciudad al mar. Dichas cons- trucciones estarían pues antes que nada significando la edificación de una muralla que vendría a cerrar la ciudad frente al mar (ver Zababescoa, 2007).

7. Si los peligros, si las imágenes desagradables no se encuentran en *otros lugares* de la ciu- dad, ajenos a la mirada de los visitantes probablemente estén situados en *otro tiempo*. Incluso como puede ocurrir con algunos imaginarios de ciertos barrios, como por ejemplo el Raval, donde el 'sabor' a *barrio canalla*, a *barrio chino* (ver Villar, 1996) se localiza en un pasado que aún resuena en algu- nas de sus calles, en sus fachadas y que puede llegar a resultar estimulante y morboso. Tal como señala María Carman la clave está en "localizar todo conjunto de miserias, injusticias, desigualdades y violencias en un pasado todavía vivo en el espíritu, pero de ningún modo amenazante" (2006: 252).

pica” y el Eixample ejemplifica “un sueño racionalista entre la Diagonal y la Gran Vía”. Claro es que no podía faltar la presencia del Modernismo: “la arquitectura orgánica de la Pedrera, el Parque Güell y la Sagrada Familia”, todas ellas obras de Gaudí. Todas estas referencias, ‘estampas típicas barcelonesas’, se recogen en el enlace de un organismo público como es *Barcelona Plató Film Commission* (BPF) creado en 1996 por el Instituto de Cultura con el fin de promover el rodaje de películas en la ciudad, ofreciendo, entre otras cosas, orientación para la localización de escenarios, soporte técnico y personal local, lo cual, a su vez, permite servirse del formato fílmico para continuar la promoción de la imagen de la ciudad. Qué mejor metáfora de la construcción de las imágenes de la ciudad, de la ciudad en imágenes, de la *ciudad como imagen*, que la mirada fílmica y la industria del cine.

Nos encontramos así con la ciudad como escenario, la ciudad como plató, la ciudad como superficie, conjunto de estampas seleccionadas bien iluminadas e hilvanadas unas con otras formando ese tejido resplandeciente, el de la ciudad consagrada a la contemplación y admiración internacional, a la visita, la inversión y el consumo. Pero, la consagración de esta ‘ciudad seleccionada’ se eleva en detrimento de otros tipos de ciudad, de otras miradas, de otras imágenes de los espacios y también de las prácticas urbanas.

Se despliega así un juego de luces y sombras, juego de la memoria, memoria que se fragua entre el recuerdo y el olvido, entre la recuperación y rescate de una particular interpretación de un determinado patrimonio simbólico y del olvido, por omisión, de otras interpretaciones del mismo: por ejemplo, el distrito de Poble Nou es hoy publicitado como el flamante Distrito 22@, centro logístico de la sociedad del conocimiento, base de servicios financieros, informativos y de producción de conocimientos. Pero también se reivindica su valor como barrio obrero con importantes vestigios de arquitectura industrial y que en muchos casos han sido eliminados para la ampliación de la nueva ciudad de los servicios (Puig Jodar, 2006). Son también diversas las miradas (fílmicas) sobre el barrio del Raval (Balibrea, 2005). La imagen idealizada del trasfondo multicultural y algo decadente (pero con ‘encanto’) de un barrio frecuentado por estudiantes *erasmus* en permanente fiesta como se aprecia en *L'auberge espagnol* (de Cédric Klapisch), contrasta con los relatos cotidianos de *En Construcción* (de José Luís Guerin) de los ‘clásicos’ habitantes de un barrio que ha actuado como puerta de entrada histórica a la ciudad, como ‘barrio refugio’ para quienes con pocos recursos buscaban un lugar de referencia, donde comenzar. Son los relatos, las miradas sobre lo que queda detrás, en las bambalinas, fuera de la escena principal, sobre habitantes (ancianos o inmigrantes) con escasos recursos (la *periferia* en pleno *centro*), que viven en casas con fachadas descascarilladas, en espacios muy reducidos y escasamente dotados de equipamientos y donde la prostitución y la precariedad se entrecruzan. Pero también son las miradas sobre la construcción de lo que ‘sí se puede ver’, sobre la construcción de nuevos edificios que los habitantes habituales del Raval no podrán pagar, porque tampoco van destinados a ellos sino a nuevos residentes que también podrán disfrutar (junto a los visitantes que se acerquen al reclamo) de las nuevas instalaciones culturales con las que se ha dotado al barrio, como el MACBA (Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona) o el CCCB (Centro de Cultura Contemporánea de

Barcelona). Nuevos emblemas, nuevos referentes, nuevas imágenes que dejan detrás o que expulsan a los personajes que los relatos de Guerín nos mostraban. Tal visión, recogida por Subirats y Rius, podría plasmarse de esta forma:

Gracias a ellos [a los nuevos equipamientos culturales] el barrio del Raval ha pasado de ser concebido como un barrio más bien decrepito y misérrimo a ser revalorizado como uno de los espacios de mayor dinamismo cultural de la ciudad. Como consecuencia de ello, el barrio ha sido capaz de atraer nuevas actividades comerciales [...] que lo han convertido en una de las zonas más atractivas de la ciudad para segmentos de población jóvenes y dinámicos (2006: 22).

En esta versión positiva de las transformaciones acaecidas en el barrio nada se dice acerca de quiénes lo han tenido que abandonar para que así pudieran llegar esas dinamizadoras instalaciones culturales y los nuevos residentes “jóvenes y dinámicos”, ni quiénes eran exactamente los que contribuían a que el Raval se considerara un barrio “más bien decrepito y misérrimo”.

En cualquier caso, las miradas, los discursos, los relatos sobre la ciudad, o sobre partes determinadas de la misma, se muestran como territorios de polifonías que remiten necesariamente a campos de confrontación simbólica sobre distintas versiones, distintas representaciones sobre espacios muchas veces también en disputa (García Canclini, 1997; Carman, 2006). A pesar de lo cual, las instituciones públicas se empeñan en invitarnos, en pedirnos, que nosotros construyamos la ciudad, que nosotros construyamos su *imagen*, que *imaginem libremente*. La invitación, parte también de *Barcelona Plató Film Commission*, por lo que en sentido estricto se realizará a los directores de cine, pero bien valdría para alguien que viviera o deseara acercarse a la ciudad: “Barcelona es el escenario protagonista de miles de historias de las pantallas. Un inmenso plató en el que podréis proyectar la ciudad que imagináis”. A esta afirmación podríamos añadir la declaración de la Directora de BPF, Julia Goytisolo: “Barcelona se maquilla fácilmente, no le importa”⁸. La apelación a *imaginar* pareciera, de todos modos, estar dirigida a cualquiera que estuviese pensando en elegir como próximo destino la ciudad de Barcelona.

Las frases (seleccionadas) de los directores de cine que ya han pasado por la ciudad para rodar sus películas, tal como los turistas que recomiendan a sus conocidos un lugar ya visitado, transmiten las señales de confianza para el futuro visitante, confianza en su gente y confianza en los ‘escenarios’ que va a encontrar:

A mí me preocupaba asaltar la vida cotidiana del barrio de Gracia, pero me he encontrado con una gran colaboración y entusiasmo que han convertido el rodaje en idílico (Fernando Trueba, *El embrujo de Shangai*).

Los anfitriones lejos de inquietarse o incomodarse por la llegada de ‘intrusos’, dan la bienvenida e incluso colaboran en los proyectos de los recién llegados. Así lo reseñan otros directores que también corroboran la confianza que se puede tener en una gente y unos medios eficaces. Parece no haber nada que temer:

8. Extraído del Extra Barcelona del diario *El País* (25/II/2006).

Barcelona es un lugar fantástico para rodar. Los profesionales, los lugares y el soporte técnico son excelentes, así como la cooperación de la ciudad (Brian Yuzna, *Faust, Love of Damned*)

Trabajar en Barcelona fue una gran experiencia. Localizaciones fantásticas, un equipo sensacional y excelentes servicios de soporte (Stuart Gordon, *Dagon, La sec-ta del mar*).

Sin embargo, un viaje absolutamente programado, controlado hasta sus últimos detalles, muchas veces puede resultar aburrido, una ocasión perdida. Resulta emocionante encontrar elementos particulares que permitan experimentar agradables sensaciones de incertidumbre, algún sobresalto (controlado), mientras uno trata de emprender (antes de recurrir a la guía, o incluso por sugerencia e indicación más o menos precisa de ésta) el difícil ejercicio de perderse por la ciudad, un 'escenario' con las señales y los límites cada vez más claros para el turista, para ser asaltado por algún 'descubrimiento', por algún rincón 'único': "Barcelona es un gran escenario: hay escondidas muchas más ciudades donde es posible rodar cualquier historia" (Jaume Balagueró, *Darkness*); "En Barcelona se puede rodar cualquier género. Es un decorado dúctil, encuadra bien y todos sus perfiles son buenos" (Francesc Bellmunt, *Sisístrata*); "A pesar de la gran cantidad de películas que se han rodado en ella, todavía hay una Barcelona inédita cinematográficamente" (Manuel Hueriga, *Antártida*). Con este gran escaparate, que cuenta con la posibilidad de llegar a muchas partes del mundo, se hace necesario también mirar hacia dentro y hacer ver a los ciudadanos de Barcelona la gran ciudad en la que viven, el orgullo que deben sentir por pertenecer a la misma:

Puede parecer un cliché, pero los barcelonenses no podemos ser los únicos que no nos demos cuenta del gancho que tiene la ciudad como plató" (Ventura Pons, *Food of Love*).

Se apela pues al 'orgullo por la ciudad' que deben sentir sus ciudadanos, siendo éste, paradójicamente, descubierto por el ilustre extranjero. Serán estas miradas ajenas o el reconocimiento internacional al diseño y arquitectura de la ciudad (en 1990 la Universidad de Harvard le entrega el Premio Príncipe de Gales al Diseño Urbano y en 1999 recibe la Medalla de Oro del Royal Institute of British Architects) los que hagan despertar el 'patriotismo cívico' de los barcelonenses. Siendo los propios representantes municipales quienes se encargan de reforzar estos discursos:

Tenemos la suerte de ser hijos de una Barcelona admirada, querida, envidiada por todo el mundo. De tener una Barcelona bonita, culturalmente dinámica y arquitectónicamente brillante. Tenemos la suerte de ser hijos de una ciudad pionera en la gestión del espacio público, valiente y creativa en la definición de nuevas soluciones a problemas nuevos. Una ciudad generosa, receptora y que se reinventa a cada momento. Procuraré, humildemente, ser digno de la suerte que he tenido. La suerte de ser Barcelonés (Jordi Hereu, 2006)⁹.

9. Jordi Hereu es el actual alcalde de Barcelona, cargo al que accedió en 2006.

Este cierre de filas en torno al proyecto, a la ciudad y a sus promotores sirve tanto para minimizar las críticas internas (Del Olmo, 2004) cuanto para lograr la implicación activa de los ciudadanos de Barcelona. Implicación que en muchos casos, y continuando con la metáfora fílmica, no iría mucho más allá de convertir a dichos ciudadanos en voluntariosos y colaboradores 'figurantes nativos' en el contexto de una maravillosa ciudad mediterránea (Delgado, 2005a).

Sin embargo, a este orgullo por pertenecer a una ciudad como Barcelona, le acompaña también la satisfacción y muchas veces el alivio simplemente por *pertenecer*. *Pertenencia* que trata de compensar, recordando lo dicho por Simmel (2001), la 'sobre-exposición' a la propia vida urbana, esto es, a una hiperestimulación y a unas pautas de sociabilidad desconcertantes. La certidumbre que otorga la *pertenencia* contrarresta pues la (necesaria, dentro de unos límites) indolencia, indiferencia, reserva, distanciamiento atomizador frente a 'los otros', frente a 'todo lo otro' de las grandes ciudades y que por momentos llega a tornarse antipatía cuando no aversión. La *pertenencia* contribuiría de este modo a encontrar morada simbólica 'en la ciudad', en el 'ser barcelonés' y en serlo además, todo ello, en un momento muy especial.

Por tanto, nos encontraríamos ante una reestructuración física del espacio, a través de un rediseño del mismo, que posibilita y provoca profundos y positivos cambios sociales y económicos. El espacio público, en este sentido, se presenta como *escenario* preexistente, vacío recipiente formal que debe ser ocupado por cuerpos y prácticas sociales, soporte de relaciones entre los elementos que lo llenan (Leal Maldonado, 1997). La metáfora fílmica o dramática vuelve a resultar muy útil: el espacio público emerge así como *escenario* prediseñado (ideado por alguna de las grandes firmas de la arquitectura) al cual deben acomodarse las prácticas sociales. Es decir, deben adaptarse a las nuevas formas, la nueva gestión institucional y a las nuevas condiciones, como las derivadas del incremento del consumo por la penetración de un determinado tipo de comercio o por el propio aumento de la vivienda en la zona.

La condición del espacio público como 'recipiente de prácticas sociales' le obliga a partir de un diseño determinado que evite los 'derramamientos', los 'rebosamientos'. Por tanto, uno de los objetivos de su estudiado planeamiento es lograr que las aguas que contiene permanezcan en calma, o lo que es lo mismo, que las prácticas que acoge resulten previsibles, reconocibles, lo más transparentes posibles, acordes, en todo caso, al nuevo modelo de paisajes *atractivos* y *de calidad* que nada tengan que envidiar a los de otras ciudades.

Nos topamos, de este modo, con la ciudad proyectada, aquella que aplica el esquema y las pautas del diseño de técnicos, arquitectos, higienistas y demás gestores y aquella en la cual además sus habitantes y usuarios se implican en conjunto en el objetivo de la transformación urbana que confirme la ciudad de calidad y con una posición internacional relevante (Delgado, 2007). Se asemejaría pues ésta a la *ciudad-panorama* (De Certeau, 2000), la ciudad ordenada y legible, descrita desde la altura, en perspectiva, lo cual no sería sino algo similar a un simulacro visual que en la trama de la ciudad construida, edificada, apenas

es capaz (o quizá no haya más interés que ese) de esbozar las huellas de las prácticas urbanas, huellas que comienzan por sustituir a dichas prácticas y acaban por contribuir a su olvido, a su desconocimiento. La *ciudad-panorama*, la *ciudad-concepto*, la *ciudad-imagen-síntesis*, es una ciudad compuesta de *lugares*:

Un lugar es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. Ahí pues se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio. [...] Los elementos considerados están unos al lado de otros, cada uno situado en un sitio 'propio' y distinto. [...] Implica una indicación de estabilidad (De Certeau, 2000: 129).

El espacio de lugares contribuiría a encauzar multitudes, a distribuir las en el territorio (Foucault, 2000). Según esto, hablaríamos antes de los *lugares públicos* que de los *espacios públicos*. La ciudad, en este sentido, queda conformada por la trama sólida, rígida y clasificadora diseñada por el arquitecto. Tal como señala Lefebvre (1976) algunos técnicos y arquitectos se consideran amos y señores de aquel lugar que conciben y realizan: demiurgos capaces de poner por obra su concepción y su definición del lugar. Ámbito vacío y puro, lugar por excelencia de las cifras y proporciones, visual y por ello dibujado y plasmado en el territorio que tardíamente se puebla de cosas, de usuarios, de habitantes. Sin embargo, las prácticas no siempre concuerdan con el espacio planificado, con el orden que reclama el lugar, lo cual hará que dichas prácticas sean interpretadas como desviaciones del 'sentido literal' (y correcto) definido por el sistema urbanístico. Estas desviaciones, más habituales de lo 'deseado', ejemplifican la tozudez de las prácticas, el ímpetu que les impide quedar reducidas y relegadas a meros elementos estructurados, a la fijeza, a la inmovilidad. El espacio público necesariamente se construye como un espacio practicado, hecho de encuentros, de equívocos, de escamoteos, de atajos, de colisiones, de improvisaciones, de contradicciones, de discontinuidades, de voces, de cuerpos, de distancias, de tiempos, de conexiones múltiples.

Si es cierto que un orden espacial organiza un conjunto de posibilidades (por ejemplo, mediante un sitio donde se puede circular) y de prohibiciones (por ejemplo, a consecuencia del muro que impide avanzar), el caminante actualiza algunas de ellas. Pero también las desplaza e inventa otras. [...] De este modo Charlie Chaplin multiplica las posibilidades de su bastón: hace otras cosas con la misma cosa y sobrepasa los límites que las determinaciones del objeto fijan a su utilización (De Certeau, 2000: 110).

Las prácticas 'disciplinadas' y las prácticas 'desviadas', no definitivas en ningún caso, no asignables inevitablemente a unos u otros agentes en el espacio público, conforman y confirman al tiempo que transgreden y vuelven inestables y maleables los límites y las fronteras de dicho espacio (si es que alguna vez no lo fueron). Son los trazos, gruesos y finos, que los *urbanitas* 'escriben' sin tener capacidad para leerlos en su conjunto y que contribuyen a crear el texto urbano. *Lo urbano*, frente a *la ciudad*, se basa en los vínculos laxos, en el relajamiento del control social de las pequeñas colectividades, en lo accidental, en el practicándose, en el haciéndose (y deshaciéndose), en el estructurándose (Bourdieu),

en el instituyéndose (Castoriadis). Es gerundio lo que constituye lo urbano, el espacio urbano y por ende el espacio público, pero sin afán de cristalizar, sin afán de tomar dicho espacio público de una vez y para siempre. Las marcas institucionales del suelo, por ello, se enfrentan “a una realidad [...] empeñada en dar la espalda a los planes políticos de vida colectiva ideal y transparente” (Delgado, 1999: 179). El espacio es la forma gastada, usada, hecha ‘de paso’, por lo fugaz y lo inestable:

Quando abra la puerta y me asome a la escalera, sabré que abajo empieza la calle; no el molde ya aceptado, no las casas ya sabidas, no el hotel de enfrente; la calle, la viva floresta donde cada instante puede arrojarse sobre mí como una magnolia, donde las caras van a nacer cuando las mire, cuando avance un poco más, cuando los codos y las pestañas y las uñas me rompa minuciosamente contra la pasta del ladrillo de cristal, y juegue mi vida mientras avanzo paso a paso... (Cortázar, 1999: 10).

Sin embargo, esta apasionada y maravillosa percepción de la experiencia urbana no debe hacernos olvidar que lo urbano, el espacio practicado, se asocia, se coliga con la ciudad, con la ‘proyección’, a los que recorre tanto como modifica, si bien la práctica urbana no es ni sólo comportamiento ritualizado, ni sólo ciudad, esto es, ni sólo ‘proyección’. Distintas normas y códigos de conducta, explícitos e implícitos, legales o tácitos contribuyen, como lo hacen los lugares transitados y usados, a conformar las prácticas urbanas, del mismo modo que éstas exigen o convocan la reactualización y la modificación de aquellos.

4. EL ESPACIO PÚBLICO: VISIBLE OBJETO DEL DESEO TRANSFORMADOR

Con la premisa de mirar al exterior, en busca de visitantes, inversores o de empresas que quieran instalarse en la ciudad, se articulan un conjunto de actuaciones específicas a través de proyectos puntuales de gran envergadura de reestructuración urbana, propuestas a corto y medio plazo, alejadas de la rigidez de los Planes Generales y del largo plazo que habían caracterizado la gestión de los ayuntamientos anteriormente (Forn i Foxá, 1990). Barcelona se convierte así en un buen ejemplo del comienzo de la renuncia, y la incapacidad, para pensar la ciudad como un todo, o al menos para pensarla desde planeamientos integrales. La intervención urbanística fragmentada parecía así empezar a asentarse en Barcelona. Si bien el Plan General no desaparecía, dentro (o al margen) de él cabían muchas e importantes operaciones puntuales. El recurso a la excepcionalidad, paradójicamente, se fue convirtiendo, cada vez más, en norma para las intervenciones espaciales de reestructuración urbana (Harvey, 1998).

Las Olimpiadas de 1992 se erigen en el evento excepcional de referencia. Sin embargo, éste suele aparecer como un eslabón inserto en toda una cadena de antecedentes ejemplares que pretenden *demonstrar* que la ciudad avanza y se desarrolla gracias a la celebración de acontecimientos puntuales como fueron la Exposición Universal de 1888 o la Exposición Internacional de 1929 y como se pretendió presentar el Forum de las Culturas de 2004. Intervenciones que permitirían la remodelación de amplias zonas de la ciudad y que tendrían una gran repercusión internacional. Pero la excepcionalidad no se limita a estos ‘ejemplos

históricos'. Otros 'productos estrella' insertos en lo que se ha dado en llamar "sectores estratégicos con *marca Barcelona*"¹⁰ apuntan en esta misma dirección: la conversión de la ciudad en un competitivo nodo global de primer orden. A través de propuestas (en casos únicamente en forma de proyectos de futuro) se enfatiza, por ejemplo, el carácter de Barcelona como ciudad del conocimiento (*el Distrito 22@*) o ciudad de negocios (*Fira de Barcelona*)¹¹.

Desde la llegada de los ayuntamientos democráticos, en Barcelona los espacios públicos se han convertido en objetivo prioritario de las políticas de regeneración urbana, como mecanismo específico de dinamización y revalorización de sus respectivos entornos (Capel, 2004). Los discursos que se despliegan en este sentido asocian las apelaciones a la mejora directa de la calidad de vida con una mejora estética que podría atraer visitantes e inversores a la ciudad, revirtiendo nuevamente en una mejora de la calidad de vida de la ciudad. Sucintamente lo expresó en 1999 Pasqual Maragall: "La mejora del espacio público es relevante para la solución de los problemas económicos y sociales"¹².

Antes, sin embargo, de atender a las estrategias de intervención sobre los *espacios públicos* o sobre equipamientos relacionados (especialmente culturales) se hace necesario preguntarnos acerca de qué entendemos precisamente por *espacios públicos*. Rememorando su lectura de *Vida y muerte de las grandes ciudades americanas* de Jane Jacobs (1967), se refería Richard Sennett (2003) a la idílica descripción que la autora le dedicaba a Greenwich Village como quintaesencia del centro urbano tradicional, de la mezcla y del intercambio, de la armónica diversidad que reflejaba esta 'ágora moderna' en pleno corazón de Nueva York. Si a muchos se les preguntara por aquello que entienden por *espacio público*, probablemente no estaría muy lejos de esta descripción que recuerda Richard Sennett de aquella realizada por Jacobs. Hablar, de este modo, del *espacio público* es referirse a un espacio de sociabilidad, de encuentro y discusión, o de simple tránsito, de mezcla entre extraños y diferentes, de pluralidad, de solidaridad y cohesión social, un espacio de todos y para todos. Del mismo parece quedar excluida la posibilidad del conflicto, lo cual puede remitirnos simplemente a la

10. Ver en la web oficial del Ayuntamiento de Barcelona: "Sectores económicos": http://w3.bcn.es/V44/Home/V44HomeLinkPI/0,3655,71420027_80832497_2,00.html.

11. El caso de la *Fira de Barcelona* nos permite ilustrar los modos de proceder de la competencia interurbana donde el 'robo de salones' a otras ciudades es uno de los procedimientos habituales para consolidar su centralidad, tal como hizo Barcelona con el 3GSM de telefonía móvil de Cannes, el EIBTM de turismo de congresos de Ginebra o el Bread&Butter de moda de Berlín. Josep-Francesc Valls, de las escuela de negocios ESADE, describe de este modo la lógica de las ferias: "Vivimos en la era de la comunicación inmediata, espontánea y poco selectiva. El reto de todas las instituciones feriales consiste en ofrecer a los expositores y visitantes un espacio atractivo de comunicación, exposición y fidelización, que les permita competir con otros instrumentos de mercadotecnia y complementarlos, de modo que los primeros logren sus objetivos comerciales recuperando la inversión, y los segundos puedan contactar con la oferta concentrada, las innovaciones y su entorno. Si una feria no supera esa meta, será engullida por otros instrumentos de la mercadotecnia más eficaces" (*Extra del diario El País sobre la Fira de Barcelona*, 24/VI/2007, pág. 10). Se convierte éste en un buen ejemplo de la fugacidad con que se extingue la vida de determinadas propuestas o proyectos una vez que ya no resultan atractivos.

12. Citado por Capel (2004). Pasqual Maragall fue alcalde de Barcelona entre 1982 y 1997.

ingenuidad de la concepción de un crisol de culturas, razas y clases e individualidades permanentemente bien avenidas o a una tendencia homogeneizadora del espacio en el cual las diferencias, las desigualdades, las diversidades, sean tan (aparentemente) insignificantes que no dejen lugar a las desavenencias (sino contra 'otros' que no formaran parte de 'este' espacio sino de 'otro' diferente, ajeno, externo) (Sennett, 2001; Bauman, 2005). De cualquier modo, el espacio público se concibe así como un elemento necesario y positivo. Es espacio de aparición, de la vida en común, del interés general. La calle y la plaza son centro de la vida social, escenario por definición del *urbanita*, de la libertad de movimientos y de prácticas, pero también de la corresponsabilidad.

Debemos recordar, sin embargo, que tanto al *urbanita* como al *ciudadano* (que emerge en la gran ciudad moderna como 'primo hermano' de aquel), la figura que los ha representado tradicionalmente ha sido la del varón (blanco, heterosexual, burgués, cabeza de familia), hombre público, hombre político, equilibrado, imparcial y cuyo comportamiento se rige por la razón. El *espacio público* era su ámbito 'natural'. Hay que señalar, por tanto, que el espacio de aparición, el espacio del que hoy hablamos como de libre acceso y circulación ha sido también un espacio restrictivo a donde en realidad no todo el mundo tenía acceso. Ello debe hacernos ser precavidos. La mujer, aunque también muchos 'otros', como homosexuales, personas negras, indígenas, inmigrantes o gentes sin recursos, quedaban segregados y confinados a un espacio de ocultamiento, espacio privado y de privación (Young, 2000).

Si bien la lógica 'aparición-ocultamiento' puede seguir resultando útil para entender la conformación del espacio público, la rígida lógica 'público-privado' ha sido sucesivamente puesta en cuestión por la afirmación feminista 'lo personal es político' (Pateman, 1999) o por la confirmación de la existencia de unos límites difusos entre espacios físicos abiertos (que no igualmente accesibles a todos) pero de titularidad privada, las galerías y centros comerciales o determinados espacios exteriores públicos que, por las diversas formas de control que se ejercen sobre ellos, provocan que quienes paseen o deseen frecuentarlos se sientan 'fuera de lugar' (Del Valle, 1997).

De cualquier modo, las apelaciones al espacio público suelen realizarse desde planteamientos que reclaman su recuperación, su rehabilitación, su rescate. Nos topamos así con una mirada nostálgica sobre el pasado, con la mitificación de espacios y prácticas urbanas que probablemente nunca fueron tal como se exponen pero que ahora sirven como reivindicación y reclamación de espacios públicos accesibles a todos y para todos, regidos por el respeto y los buenos modales.

M. D. B. echa de menos los paseos de madrugada colgada del brazo de su padre, Miquel, cuando hasta el lumpen local exhibía cierta distinción y, sin duda, era más digno. «Hoy se ha perdido la elegancia», opina¹³.

13. Extraído de un reportaje de Xavier Mas de Xarxás en el diario *La Vanguardia* titulado "Veto a la Rambla cutre" (sección Vivir, p. 3, 28/IX/2006) en el cual se recogen diversas declaraciones sobre la 'pérdida de identidad y autenticidad' que se produce en la Barcelona contemporánea y especialmente en un enclave como la Rambla.

Es la imagen del paraíso perdido, de los buenos tiempos pasados, cuando la ciudad 'era como un pueblo', cuando 'todo el mundo se conocía'¹⁴. La otra cara de esta misma moneda es la que nos lleva a apreciar el momento presente como un momento de renunciadas, de pérdidas y de abandono. Los espacios públicos urbanos van quedando reducidos a elementos colonizados por 'agentes nocivos' que contribuirían a una degradación ya de por sí avanzada. Pareciera éste el signo de las ciudades contemporáneas:

Suciedad y destrozos se han ido convirtiendo en una de las señas de identidad de las grandes ciudades españolas, y de muchas extranjeras. [...] Hay rasgos distintivos en el mal que afecta a nuestras metrópolis, sometidas al estrés de la marcha nocturna, del turismo masivo (y mochilero), del desapego creciente de sus habitantes y a la simple presión sobre un espacio donde se concentra cada vez un mayor número de personas. [...] Por no hablar del reto para la convivencia que supone albergar una población multicultural que apenas ha tenido tiempo de aclimatarse al país de acogida. ¿Cómo compartir este espacio equitativamente, sin que surjan roces y tensiones por culpa de usos abusivos?¹⁵

El espacio público no invita a la permanencia, es un espacio de extrañamiento y aversión (Simmel, 2001). "Uno se desplazaba en el barrio por necesidad y no para pasear" (Monnet, 2002: 136). Es éste un espacio que expone a la contingencia, a la indeterminación, a la ambigüedad ante el debilitamiento de las conductas previsibles y respetuosas, lo que exige una 'gestión de la sociabilidad' que no condicione en demasía, que reduzca al mínimo el compromiso con los demás. Frente a esto, los espacios 'de adentro' serían ámbitos resguardados, protegidos, espacios seguros, previsibles donde nos encontramos entre semejantes o ante relaciones consolidadas basadas en la certidumbre (Davis, 2003). Mientras el afuera exigiría una imagen pública, una máscara (acorazada) de apariencia, el adentro nos permitiría mostrarnos en nuestra 'autenticidad', ofrecer en la confianza nuestros secretos, nuestros sentimientos, lo que en otros momentos escondemos y no exponemos (Elias, 1989)¹⁶.

Si bien ya hemos tenido ocasión de referirnos a la importancia de la dimensión cultural de la ciudad, debemos enfatizar la proyección de la misma hasta llegar a referirnos a la *ciudad cultural*. La promoción de la cultura sustentada en buena medida en las alianzas público-privadas se asocia a un sentido neces-

14. Precisamente el Ayuntamiento reclama en una normativa sobre los usos y prácticas del espacio público denominada Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público de Barcelona, desde una posición nostálgica un comportamiento de los ciudadanos "fiel al modelo de sociedad barcelonesa". También en otro texto municipal se apunta a la apertura y cosmopolitismo que han caracterizado "históricamente" a la ciudad (Documento informativo sobre la Ordenanza de civismo editado por el Ayuntamiento de Barcelona y firmado por Daniel Venteo: http://www.bcn.es/publicacions/b_informacio/bi_93/convivencia_castella.pdf).

15. Extraído del reportaje de Lola Galán en el diario *El País*, titulado "Las ciudades se hartan de gamberros" (p. 39, 15/1/2006).

16. Retomando una puntualización previa recordamos que frente a esta idealización del adentro privado, también hay que señalar que éste puede ser y de hecho no infrecuentemente ha sido un espacio de reclusión, confinamiento y opresión, lejos del 'refugio liberador' en que podía llegar pensarse.

riamente positivo que apenas recibe el mínimo cuestionamiento. Aparece, de este modo, como un elemento enriquecedor adscrito a otras ideas como la educación, el arte, el conocimiento. Sin embargo, como recuerda Davis, sería ingenuo pensar únicamente en una filantropía desfasada como único motor de la promoción cultural:

La 'cultura' se ha convertido en un componente importante del proceso de desarrollo de las inversiones inmobiliarias, así como en una instancia crucial en la competencia entre diferentes élites y centros regionales. El interés material a la vieja usanza, en otras palabras, es lo que empuja a los grandes promotores a apoyar la revalorización de la cultura general [...] y más en concreto a respaldar la concertación de los valores culturales en los núcleos de máximo desarrollo (2003: 53).

Al mismo tiempo, la cultura, especialmente a través de los equipamientos culturales parece estar dotada de una *capacidad redentora* (Delgado, 2005b) que puede rescatar al barrio de su condición profundamente marginal y degradada. Este sería el caso paradigmático del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (MACBA). Esta instalación firmada por el arquitecto estadounidense Richard Meier ha funcionado como acicate para la remodelación de la zona norte del Raval, especialmente en torno a la Plaça dels Àngels, ya que, además de contribuir a la reordenación de ese espacio, su proyección como símbolo y servicio para el conjunto de la ciudad ha permitido la afluencia de muchos usuarios y visitantes 'ajenos' al barrio y a la propia ciudad que han servido para revitalizar las calles, al tiempo que ha llevado a la creación de nuevos espacios culturales y de ocio como tiendas de música, talleres y galerías de arte, estudios de diseño, nuevas instituciones educativas y centros de investigación, así como tiendas de moda, bares de copas y restaurantes. Como ya hemos comentado, en este enclave también nos encontramos con el CCCB y cerca de éste el CERC (Centro de Estudios y Recursos Culturales). También encontramos el CIDOB (Centro de Información y Documentación Internacional de Barcelona), el FAD (centro para el Fomento de las Artes Decorativas) y la nueva Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona (UB).

Todos estos cambios han contribuido a atraer también nuevos residentes al barrio como artistas, estudiantes, profesores, científicos, directivos con una categoría socioprofesional media-alta. Se estaría pues produciendo un efecto *centrípeto* (por otra parte, con los efectos deseados y anunciados): acumular señales distintivas estaba favoreciendo la buscada regeneración del barrio, convirtiéndolo a su vez en centro de atracción de flujos de inversión y consumo estableciendo las bases para la conformación de un 'círculo virtuoso' por el cual las mejoras atraen nuevos visitantes, usuarios y habitantes que permitan realizar nuevas mejoras que atraen nuevos visitantes... La *calidad de vida* parece haber mejorado (al menos en su zona norte) y también el aspecto de sus calles y de sus usuarios, tal como se reclamaba: "Es necesario atraer a las mejores marcas porque cuanto mejor sea la oferta, mejor será el comportamiento de los paseantes"¹⁷.

17. Declaraciones de Oriol Bohigas al diario *La Vanguardia*, (sección *Vivir*, p. 1, 29/IX/2006).

El barrio parece, pues, estar *redimiéndose* de su condición marginal, asociado principalmente a prostitución, drogadicción, criminalidad, a la conformación de guetos étnicos, etc. Pero el éxito de esta espectacular(izada) (y publicitada) transformación se acompaña de un conjunto de efectos que no aparecen en la primera plana de los logros señalados:

uno de los ejes de la transformación del barrio y objetivo de las políticas de las administraciones era facilitar la entrada de las capas medias al Raval (Subirats y Rius, 2006: 26).

pero, ¿dónde se localizan los estratos sociales más bajos que venían siendo los 'inquilinos' habituales del barrio? Con la desaparición de las malas prácticas y comportamientos, ellos también parecen estar desapareciendo. A la tendencia *centrípeta* de atracción de aquellos elementos que se consideraban claves para la recuperación del barrio le sigue una tendencia opuesta *centrífuga* que provoca el desplazamiento de los habitantes y usuarios habituales, muchos de ellos inmigrantes y ancianos con bajos ingresos que no pueden hacer frente al aumento brusco de los precios del alquiler, a las expropiaciones o al cumplimiento de complicados y muchas veces inasumibles requisitos de habitabilidad. Por tanto, mejorar la calidad de un barrio 'marginal' y 'conflictivo' para sus usuarios y residentes pasaría precisamente por cambiar a estos de lugar y traer nuevos usuarios y residentes acordes con la calidad esperada. Referirse, de este modo, sólo a la *regeneración* del tejido urbanístico, económico y social parece, antes que nada un recurso eufemístico que evite hablar de un paulatino proceso de *gentrificación*, de ennoblecimiento del centro urbano (Harvey, 2003). Así, la expulsión de los habitantes tradicionales del mismo más que un efecto no deseado parece convertirse en una consecuencia necesaria de la recuperación urbana a través de las intervenciones y eventos internacionales culturales, deportivos, de negocios, etc. Tal como recuerda Davis:

[...] las gentes pobres temen siempre los acontecimientos internacionales de alto nivel [...] que empujan a las autoridades a lanzar cruzadas de limpieza de la ciudad. Los habitantes de los barrios miserables saben que son lo 'sucio', el 'tizón' que sus gobiernos prefieren ocultar (2005: 1).

5. CONCLUSIONES

La ciudad imagen, la ciudad marca, ciudad escaparate, intenta renovarse a cada instante, reactualizarse a cada momento para atraer los flujos de financiación, producción y consumo deseados, para lo cual apela y recurre entre otras cosas a mecanismos de ordenamiento y de regulación del espacio que paradójicamente poco tienen de novedosos.

El espacio público se articula a través de un juego de luces y sombras que muestra y oculta y que, por tanto, ordena. Se crean así espacios de visibilidad y espacios de invisibilidad, espacios seguros y espacios peligrosos, espacios para lo deseable y espacios para lo indeseable, espacios llenos y espacios vacíos. La existencia de áreas de la ciudad 'poco prometedoras' y 'sin sentido', áreas que

a la postre serán descartadas, recortadas del mapa, constituyendo así un vacío, es lo que precisamente permite que otros lugares brillen y estén colmados de sentido.

El vacío del lugar está en el ojo de quien lo contempla y en las piernas del habitante o en las ruedas de su auto. Son vacíos los lugares en los que no entramos y en los que nos sentiríamos perdidos y vulnerables, sorprendidos, alarmados y un poco asustados ante la vista de otros seres humanos (Bauman, 2005: 113).

Como cuando uno se acerca al barrio de La Boca en Buenos Aires y es apercibido para que no abandone en ningún momento Caminito, la calle principal del recorrido turístico, y se adentre en las calles adyacentes, sobre las que nadie responde (ya ha sido avisado), en Barcelona se crean esos mismos escenarios y, otra vez, el Raval ha servido como un ejemplo clásico de los lugares no recomendables, asociados a la marginalidad, la droga, la prostitución, en definitiva, a la degradación urbana. Son "lugares que hay que evitar, temer y desaprobado" (Wacquant, 2001: 178). Sin embargo, estos espacios cuentan con la posibilidad de 'cambiar su destino', de 'hacerse visibles' y 'llenarse'. La cultura posee una cualidad redentora (Delgado, 2005b) que permite dotar de servicios, calidad y buena imagen al barrio. Los equipamientos culturales suelen funcionar de lanzaderas de otras muchas intervenciones que transforman el lugar. Sin embargo, en muchas ocasiones acaban actuando también como ordenadores, como redistribuidores, o al menos como estimuladores de esta redistribución, por la cual, se hará mejorar el barrio, pero desplazando aquello que no concuerda con la imagen deseada y atrayendo aquello que sí lo haría. En este sentido, el *centro* de las ciudades viene siendo en las últimas décadas el lugar privilegiado de la visibilización, de la recuperación, la remodelación y el embellecimiento, el lugar que será llenado frente a otros periféricos y menos afortunados 'lugares vacíos'.

El rigor del ordenamiento urbano se enfrenta en el espacio, en muchas ocasiones, con la complejidad propia de la ciudad (Simmel, 2001), con la complejidad de las prácticas cotidianas, de las múltiples relaciones que se establecen; variables, esporádicas, accidentales, pero también de aquellas más estables y constantes, sin por ello dejar de ser transformadas por, y de transformar, el propio espacio. El espacio es, además, condensador de conflictos y tensiones, porque conflictiva es la convivencia entre formas de vida muy distintas en un mismo espacio urbano (Benach, 2005 y Monnet, 2002). Son también distintas las formas de ver, de interpretar, de imaginar y de practicar el espacio (García Canclini, 1997). Sin embargo, la mirada institucional aquella con mayor capacidad para proyectar al exterior la imagen de la ciudad es la que muestra como un problema (como un riesgo y como una degradación) la existencia de determinadas presencias del espacio público, tales como las de mendigos, prostitutas, sin techo o aquellos que protestan y reclaman. Es así que la construcción de una ciudad ejemplar, a-conflictual, a-problemática no se hará sino a costa de generar *incompatibilidades* (entre ciudadanos cívicos y 'presencias inadecuadas') que justifican expulsiones y contribuyen a olvidar los motivos de las mismas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. "Ciudadanía, sociedad del trabajo y Estado de Bienestar: los derechos en la era de la fragmentación". En: Pérez Ledesma, M. (ed.). *Ciudadanía y democracia*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2000.
- ANDERSON, P. *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- AUGÉ, M. *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa 2004.
- BALIBREA, M. J. "Barcelona: del modelo a la marca", 2005: <http://e-barcelona.org/index.php?name=News&file=article&sid=5932>.
- BARAÑANO, M. "Sedes estratégicas de la globalización: ciudades globales, regiones metropolitanas, espacios transnacionales". En: Barañano Cid, M. (Dir.). *La globalización económica. Incidencia en las relaciones sociales y económicas*. Madrid: Consejo General del Poder Judicial, 2002.
- BAUMAN, Z. *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE, 2005.
- BENACH, N. "Diferencias e identidades en los espacios urbanos". En: M. Nash, R. Tello y N. Benach (Eds.). *Inmigración, género y espacios urbanos. Retos de la diversidad*. Barcelona: Bellaterra, 2005.
- BORJA, J.; CASTELLS, M. *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus, 2004.
- CAPEL, H. *El modelo Barcelona: un examen crítico*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2004.
- CARMAN, M. *Las trampas de la cultura. Los 'intrusos' y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- CASTELLS, M. *La era de la información*. Vol. 1.: *La sociedad red*. Madrid: Alianza, 2005.
- CHOAY, F. "El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad". En: A. Martín Ramos (Ed.). *Lo urbano*. Barcelona: Edicions UPC, 2004.
- CORTÁZAR, J. *Historia de cronopios y de famas*. Barcelona: Edhasa, 1999.
- DAVIS, M. *La ciudad de cuarzo. Arqueología del futuro de Los Ángeles*. Toledo: Lengua de Trapo, 2003.
- "Planeta de ciudades-miseria. Involución urbana y proletariado informal", *New Left Review* (edición digital en castellano), 2004: www.newleftreview.org/PDFArticles/Spanish/NLR26001.pdf
- "A escobazo limpio", 2005: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=277>.
- DE CERTEAU, M. *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- *La invención de lo cotidiano*. Vol. 1.: *Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana, 2000.
- DEL OLMO, C. "Poco pan y mucho circo: el papel de los 'macroeventos' en la ciudad capitalista". *Archipiélago*, nº 62, 2004; pp. 69-80.
- DEL VALLE, T. *Andamios para una nueva ciudad. Lectura desde la antropología*. Madrid: Cátedra, 1997.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. *El anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1998.

Martínez, Ion: Nostalgias y autenticidades: la producción de imágenes del espacio público urbano

- DELGADO, M. *El animal público*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- “Ciudades de mentira. El turismo cultural como estrategia de desactivación urbana”. En: *Archipiélago*, nº 68, 2005a; pp. 17-27.
- “Lo urbano resiste”, 2005b: http://areaciiega.net/index.php/-plain/eventos/repensar_ciudad/art_lo_urbano_manuel_delgado.
- *Sociedades movedizas*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- DEMATTEIS, G. “Sul crocevia della territorialità urbana”. En: G. Dematteis y otros. *I futuri della città. Tesi a confronto*. Milán: Franco Angeli, 1999
- ELIAS, N. *El proceso de la civilización*. México D. F. : FCE, 1989.
- FERNÁNDEZ, G.; PAZ, S. “Más allá del marketing de ciudades: hacia una política pública de diseño y gestión de los signos de identificación de ciudad”. En: *Scripta Nova*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2005: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-194-94.htm>.
- FORN i FOXÀ, M. “El Plan Estratégico en el marco de la política del Ayuntamiento de Barcelona”. En: J. Borja y M. De Forn (dir.). *Barcelona y el Sistema Urbano Europeo. Ciudad, Estrategia y Territorio*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona y Programa CITIES-CIUDADES, 1990.
- FOUCAULT, M. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, 2000.
- GARCÍA CANCLINI, N. *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Eudeba, 1997.
- HALL, P. “Megaciudades, ciudades mundiales y ciudades globales”. En: A. Martín Ramos (ed.), *Lo urbano*. Barcelona: Edicions UPC, 2004.
- HARVEY, D. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal, 2003.
- *Espacios del capital*. Madrid: Akal, 2007.
- HEREU, J. “Discurso de toma de posesión del alcalde Excmo. Sr. D. Jordi Hereu en el Consejo Plenario del Ayuntamiento de Barcelona”, 2006 (8/IX/2006): <http://www.bcn.es/alcalde/es/articulos01.htm>
- HOBBSAWM, E. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2001 (1995).
- JACOBS, J. *Vida y muerte de las grandes ciudades americanas*. Barcelona: Península, 1967.
- JAMESON, F. *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta, 1996.
- LASH, S.; URRY, J. *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- LEAL MALDONADO, J. “Sociología del espacio: el orden espacial de las relaciones sociales”. *Política y Sociedad*, nº 25, 1997, pp. 21-36.
- LEFEBVRE, H. *La production de l'espace*. París: Anthropos, 1974.
- *Espacio y política*. Barcelona: Península, 1976.
- LEOTTA, N. *Photometropolis. Per una sociologia visuale della città*. Milán: Le vespe, 2000.
- MITCHELL, W. *E-topia: vida urbana, Jim pero no la que nosotros conocemos*. Barcelona: Gustavo Gilli, 2001.

Martínez, Ion: *Nostalgias y autenticidades: la producción de imágenes del espacio público urbano*

MONNET, N. *La formación del espacio público*. Barcelona: Catarata, 2002.

PATEMAN, C. "Críticas feministas a la dicotomía público/privado". En: C. Castells (Comp.). *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós, 1999.

PUIG JODAR, M. "La renovación urbana en los espacios industriales centrales de la periferia barcelonesa". En: C. Carreras, y A. F. A. Carlos (Eds.). *Barcelona y São Paulo cara a cara. Procesos metropolitanos a la hora de la globalización*. Barcelona: Davinci, 2006.

SASSEN, S. *Los espectros de la globalización*. Buenos Aires: FCE, 2003.

SENNETT, R. *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península, 2001.

— *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza, 2003.

SIMMEL, G. "Las grandes urbes y la vida del espíritu". En: *El individuo y la libertad*. Madrid: Península, 2001.

SOJA, E. *Postmetropolis. Critical Stuidies of Cities and Regions*. Oxford-Malden, Mass: Blackwell, 2000.

SUBIRATS, J.; RIUS, J. *Del Chino al Raval. Cultura y transformación social en la Barcelona central*. Barcelona: CCCB-IGOP-UAB, 2006.

URRY, J. *Automobility, Car and Weightless Travel*. Lancaster University, 1999: www.lancaster.ac.uk.

VILLAR, P. *Historia y leyenda del Barrio Chino, 1900-1992: crónica y documentos de los bajos fondos de Barcelona*. Barcelona: La Campana, 1996.

WACQUANT, L. *Parías urbanos*. Buenos Aires: Manantial, 2001.

YOUNG, I. M. *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra, 2000.

ZABALBEASCOA, A. "La mejor tienda del mundo", 2007: http://www.elpais.com/articulo/arte/mejor/tienda/mundo/elpepuculbab/20070303elpbabart_11/Tes.